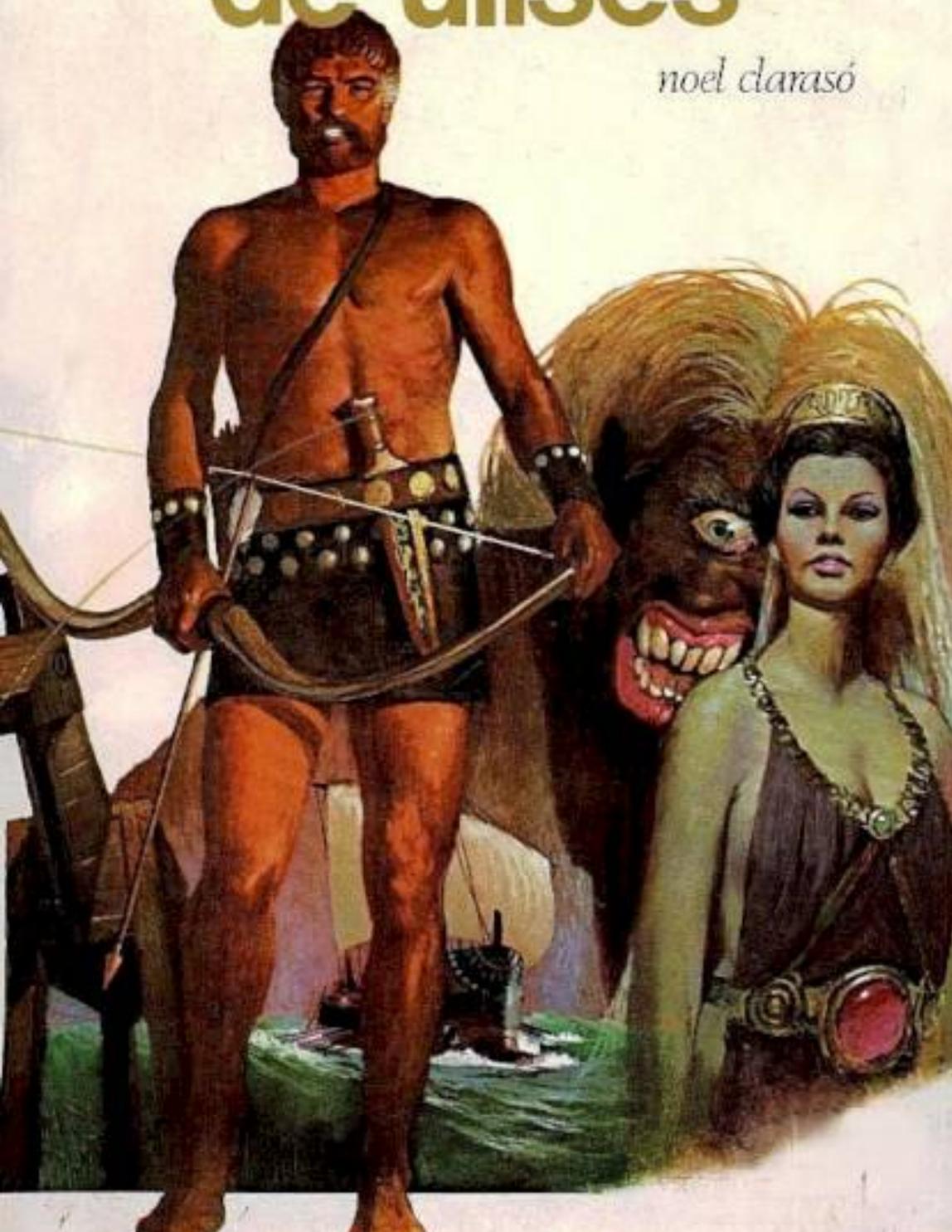


las aventuras de ulises

noel clarasó



Ulises es uno de los héroes más populares de la antigua Grecia, consagrado definitivamente por Homero, que le dedica todo un largo poema, *La Odisea*. El poema se llama así porque el verdadero nombre griego de Ulises es *Odisseus*, con el cual pasó al latín como *Ulixes*, y de aquí *Ulises*.

En *La Ilíada* se narra la participación de Ulises en la guerra de Troya. En *La Odisea*, que es una de las más bellas novelas de aventuras, se cuentan las peripecias del largo viaje de Ulises por mar, después de la guerra, hasta regresar a su patria. Es así como toda la gran aventura de Ulises, héroe legendario griego, se explica en los dos poemas homéricos.

Prólogo

Ulises es uno de los héroes más populares de la antigua Grecia, consagrado definitivamente por Homero, que le dedica todo un largo poema, *La Odisea*. El poema se llama así porque el verdadero nombre griego de Ulises es *Odisseus*, con el cual pasó al latín como *Ulixes*, y de aquí *Ulises*.

Ulises es hijo de Laertes, rey de Ítaca, y de Anticlea. Y ya en vida de su padre es coronado rey de la isla. Ulises es el tipo del héroe dotado de una fuerza física que le hace superior a casi todos sus contemporáneos, y es además un hombre prudente y astuto, buen hijo, buen padre y excelente esposo.

Euritos, rey de otra isla, era un arquero consumado. Poseía el arco más poderoso de la Tierra, regalo de Apolo, y cedió aquel arco a Ulises, por ser el único muchacho con fuerza suficiente para manejarlo. Éste es el origen del famoso arco de Ulises.

En *La Ilíada* se narra la participación de Ulises en la guerra de Troya. En *La Odisea*, que es una de las más bellas novelas de aventuras, se cuentan las peripecias del largo viaje de Ulises por mar, después de la guerra, hasta regresar a su patria. Es así como toda la gran aventura de Ulises, héroe legendario griego, se explica en los dos poemas homéricos.

I. DE ÍTACA A TROYA

I

Helena y Paris

Helena, esposa de Menelao rey de Esparta, fue la mujer más agraciada de la Tierra. Era hermana de Clitemnestra, esposa de Agamenón, otro rey griego, hermano de Menelao.

Príamo era entonces rey de Troya, un país ahora desaparecido, situado en Asia Menor y separado de Grecia por el mar Egeo. Príamo estaba casado con Hécuba y el matrimonio tenía muchos hijos entre varones y hembras. Los más famosos eran Héctor y Paris, héroes ambos de la guerra contra los griegos, que acabó con la destrucción de Troya.

Tiempo atrás, una hermana de Príamo, llamada Hesione, había sido hecha prisionera por Hércules y llevada a Esparta. En esta ciudad, Hesione se casó con Talamón, príncipe de Salamina.

Príamo no se consolaba de la ausencia de Hesione, y propuso a su hijo Paris que fuese a verla para tener noticias de ella. Le dio buen acompañamiento de guerreros y una flota, y con ello la primera ocasión de conocer el mundo y correr aventuras.

En alta mar, las naves troyanas se cruzaron con una flota de naves griegas, en una de las cuales ondeaba la insignia real. Era la nave de Menelao, rey de Esparta, que se dirigía a la isla de Pilos.

Menelao y Paris no se habían visto nunca y por tanto no se conocían. Los dos preguntaron a sus vigías de quién eran las naves tan bien armadas que se veían pasar tan cerca.

—Son las naves de Menelao, rey de Esparta —dijo el vigía de Paris.

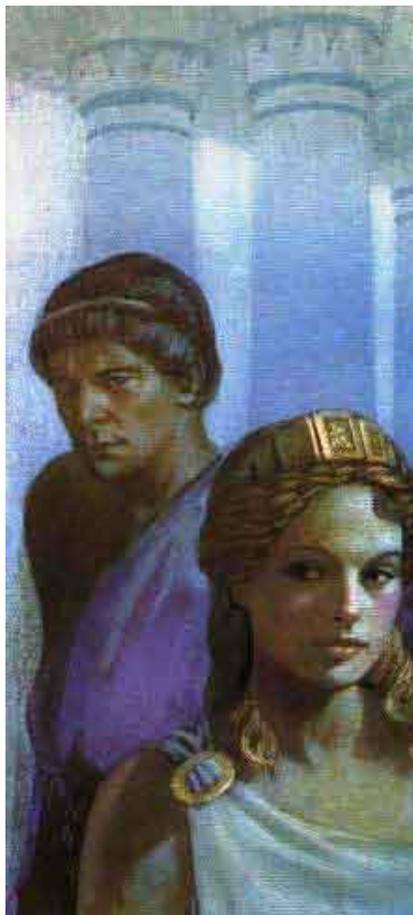
—Son las naves de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya —dijo el vigía de Menelao.

Y las dos flotas siguieron su camino, sin que ninguno de los dos capitanes sospechara que no tardarían en ser adversarios.

Paris desembarcó con su séquito en la isla de Citerea y allí preparó su primera y única visita a la tierra griega.

En Esparta, en ausencia de Menelao, cuidaba del gobierno Helena, su esposa. Menelao y Helena tenían una hija, muy niña aún, llamada Hermione. A Helena le llegaron noticias del desembarco en Citerea de una flota troyana conducida por un hijo del rey Príamo. Helena era curiosa y quiso conocer a aquel príncipe relativamente vecino. Dejó la niña al cuidado de sus nodrizas y organizó una expedición a Citerea, acompañada de un séquito de doncellas de honor. Dio como excusa que iba a hacer un sacrificio a Artemis, en el templo que la diosa tenía en la isla.

Paris estuvo también en el templo a ofrecer un sacrificio a la divinidad. Y Helena llegó en el preciso momento en que salía Paris. Quedaron los dos muy sorprendidos al verse y se detuvieron uno frente al otro, contemplándose en silencio. Ambos tuvieron la impresión de que se conocían de hace mucho tiempo. Era como un presagio de un futuro no lejano. Quizás intuyeran ambos que pronto surgiría entre ellos una mutua simpatía.



En aquel primer encuentro no se cruzó ninguna palabra entre los dos. Después de conocer a Paris, Helena embarcó en su nave y regresó a Esparta.

Enterado ya de que aquella mujer era la reina de Esparta, Paris precipitó el viaje y, olvidado totalmente de su tía Hesione, pidió audiencia a la reina. Se desconoce el diálogo que sostuvieron en aquella primera entrevista. Helena devolvió la visita a Paris en la nave capitana, y entre ambos jóvenes se intercambiaron regalos de valor.

Mientras Helena y Paris se contemplaban con afecto y simpatía, la nave se hizo a la mar con todas las velas desplegadas. Soplaban un viento favorable y la nave se alejó rápidamente.

Y así fue como Helena fue hecha prisionera y llevada a Troya. Quizá Paris quiso demostrar con ello a su padre Príamo que era capaz de llevar a cabo una acción audaz. Una reina prisionera podía valer mucho en el caso de exigir el regreso de su tía Hesione.

Cuando las naves de Paris se encontraban en alta mar con su precioso botín, una ola gigantesca se rompió en dos frente a la proa y los dos bloques de agua dejaron la nave aprisionada. Y entonces emergió de las aguas la cabeza de Nereo, viejo dios marino, coronada de algas y de espuma. Y Nereo lanzó una fatídica predicción contra Paris. Gritó:

—¡Aves de mal agüero preceden tu viaje! Los griegos, armados hasta los dientes, se lanzarán sobre Troya para recuperar a su reina, y la ciudad será destruida. Veo un tropel de corceles y un ejército de héroes. Tu osadía causará grandes males al pueblo troyano. Los dioses acudirán en auxilio de los griegos, puesto que su causa es justa. La guerra durará años; pero cuando se cumpla el plazo, vuestro reino será destruido, vuestras mujeres serán hechas prisioneras y de vuestras casas y palacios sólo quedarán montones de ceniza.

Ésta fue la profecía del anciano del mar antes de volver a sumergirse. Paris la escuchó aterrorizado. Pero tan pronto como volvió a levantarse un viento favorable, olvidó la predicción, y echó anclas en la isla de Crane. Y transcurrió mucho tiempo antes de que Paris y Helena embarcaran otra vez, rumbo a Troya.

II

Ulises empieza a cumplir su misión

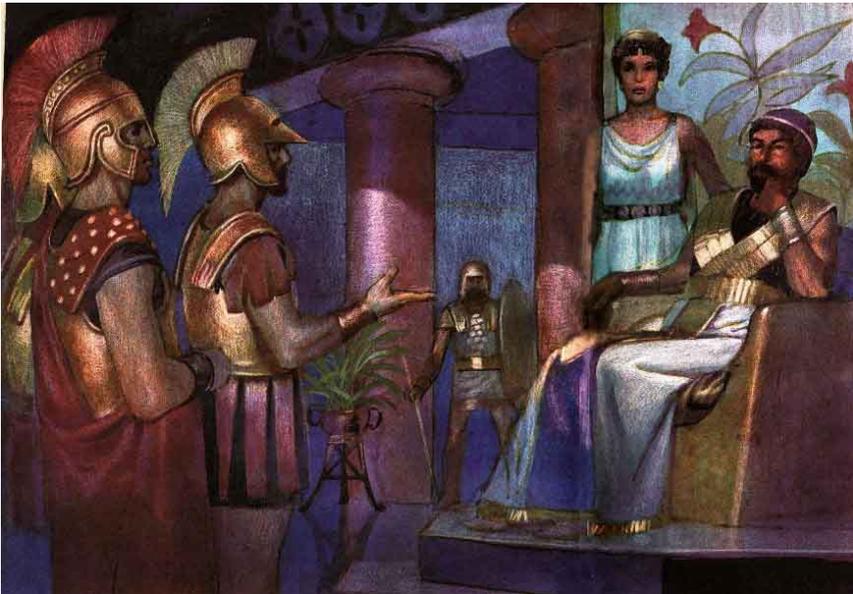
Menelao regresó a Esparta y se enteró de que su mujer había desaparecido. Supo que el culpable había sido el troyano Paris y montó en justa cólera. Lo primero que hizo fue pedir consejo a su hermano Agamenón que reinaba en Micenas, junto con su esposa Clitemnestra, hermana de Helena.

Agamenón ya estaba enterado de lo ocurrido y entre los dos hermanos decidieron prepararse para hacer la guerra a los troyanos y recuperar como fuese a la reina Helena, si es que éstos se negaban a entregarla pacíficamente.

Agamenón y Menelao eran ambos buenos guerreros. Otros valientes guerreros griegos con los que se podía contar siempre eran Aquiles, Ulises, Patroclo, Ajax, Diomedes, Palamedes, Filoctetes y los dos hermanos gemelos y hermanos de Helena, Cástor y Pólux.

Los atridas, nombre que se daba a los dos hermanos Agamenón y Menelao por ser hijos de Atreo, pertenecían a una estirpe, cuya leyenda ha servido de tema a la mayoría de los clásicos griegos y a muchos otros autores posteriores. Los dos hermanos empezaron por obtener la colaboración de Ulises, que era uno de los guerreros más fuertes, famoso por su prudencia y astucia, por lo muy entendido que era en todo y porque estaba en posesión del famoso arco cuyos disparos acertaban a dar siempre en la diana.

El propio Menelao, acompañado de Palamedes, se encargó de visitar a Ulises en la isla de Ítaca, que es una de las islas jónicas y está separada por un estrecho de la de Cefalonia. A Ulises le habían llegado ya noticias de lo ocurrido con Helena y suponía que Menelao le pediría ayuda contra los troyanos. Llevaba entonces poco tiempo casado con Penélope, otra de las mujeres más agraciadas de aquellos tiempos. El único hijo del matrimonio, Telémaco, era un niño de pocos meses, y Ulises se había hecho el propósito de no abandonar a los suyos, alejándose de su isla. Para conseguir que le dejaran en paz se fingió loco. Y así, cuando vio llegar a Menelao y Palamedes, ató un buey y un asno al arado y con tan desigual yunta se puso a labrar su campo en surcos desiguales. Y en vez de echar semillas, echaba sal en los surcos.



Palamedes comprendió la estratagema del astuto Ulises y usó otra para desenmascararle. Entró secretamente en el palacio de Ulises, sacó de la cuna al niño Telémaco y lo puso en el camino del surco que iba a trazar el arado. Al ver el

niño sobre la tierra, Ulises se detuvo, le levantó cuidadosamente y le depositó en otro sitio donde no pudiera hacerle daño. Con este cuidado demostró que estaba en su sano juicio, y ya no pudo negarse a tomar parte en la expedición contra los troyanos. Dio su palabra de concurrir con doce barcos y sus tripulaciones completas, formadas por guerreros de Ítaca y de las islas vecinas. Pero en su corazón quedó una sombra de reproche contra Palamedes por haberle obligado a abandonar a la joven esposa y al hijo.

Otro guerrero, cuya colaboración se consideró indispensable, fue Aquiles, destinado por los dioses a ser uno de los héroes principales de la guerra de Troya. Aquiles era hijo de la nereida Tetis. Y a poco de nacer, Tetis, para hacerle invulnerable, le sumergió en la laguna Estigia, cuyas aguas daban la inmortalidad. Pero al sumergirle le mantuvo por el talón del pie izquierdo, y así todo el cuerpo de Aquiles quedó invulnerable, menos el talón izquierdo, que no llegó a mojarse.

Aquiles tuvo desde la infancia, como amigo íntimo, a Patroclo, que participó también en la guerra de Troya.

Un oráculo predijo que si había guerra entre griegos y troyanos, Troya no sería jamás vencida si Aquiles no participaba en la contienda, y que el héroe hallaría la muerte en la lucha. Tetis, la madre de Aquiles, para evitar la muerte de su hijo, le llevó a la isla de Scyros y le confió al rey Licomedes. Ulises descubrió el escondite de Aquiles y fue a buscarle junto con Diomedes. El rey de la isla les dejó entrar en la habitación donde había otros jóvenes de su edad, y ni Ulises ni Diomedes consiguieron identificar a Aquiles. Hasta que el astuto Ulises ideó una estratagema. Mandó que pusieran en la habitación un escudo y una lanza. Hizo sonar después el clarín de guerra anunciando la presencia de un ejército enemigo. Todos huyeron acobardados al oír el clarín. Aquiles quedó solo, empuñó la lanza y se cubrió con el escudo. Y Ulises, al verle, le gritó:

—¡Tú eres Aquiles!

Aquiles tuvo que darse a conocer y prometió su ayuda a Menelao y la participación de su amigo Patroclo. Se comprometió a acudir con cincuenta barcos tripulados por guerreros, todos dispuestos a luchar por la victoria.

Ya organizado el ejército, los griegos mandaron embajadores a Príamo, rey de Troya. Los embajadores eran el mismo Menelao, Ulises y Palamedes. Príamo les recibió con todos los honores. Menelao había decidido que Palamedes tomara la palabra ante el rey de Troya. Ulises se opuso, pero al fin se sometió a la voluntad de Menelao.

Palamedes habló a Príamo en términos severos. Le dijo:

—¡Rey de los troyanos! No venimos aún en son de guerra, pero tampoco en son de paz. Nuestra reina Helena ha sido hecha prisionera por tu hijo Paris. Si no la entregáis en seguida, caeremos sobre vosotros y esto significará para tu pueblo la ruina y la desolación.

Príamo quedó muy sorprendido, pues Paris no había regresado aún a Troya y nada se sabía allí de Helena. Príamo, al ver a los embajadores griegos, creyó que iban a hablarle de la devolución de su hermana Hesione. Y así les contestó:

—Nada sé de esto. Mandé a mi hijo Paris a Esparta a reclamar la devolución de mi hermana Hesione. Pensé, al veros, que veníais a devolvérmela.

Palamedes le dijo que Paris, en Esparta, ni tan siquiera había reclamado a Hesione. Que lo único que hizo fue hacer prisionera a Helena, esposa de Menelao, con lo cual había ofendido gravemente a toda la nación griega, que exigía una justa reparación.

El tono de Palamedes molestó a Príamo, y, ya enfadado, gritó:

—Si esto es verdad, no os devolveré a vuestra reina mientras no haya recuperado a mi hermana.

Y Palamedes, con arrogancia, le contestó:

—De lo de tu hermana hace ya tantos años que incluso un hijo de ella se ha sumado a los guerreros griegos que te combatirán.

Cuando los embajadores griegos salían del palacio de Príamo sin haber llegado a un acuerdo, el pueblo intentó lanzarse contra ellos. Y el troyano Antenor les protegió, les llevó a su casa y les atendió como a huéspedes forasteros. Y entretanto, Paris y Helena llegaban a Troya.

* * *

La flota griega estaba anclada en la isla de Grisa. Allí una serpiente mordió a Filoctetes en el pie y nadie supo curarle la herida, que se le infectó y despedía un olor fétido, difícil de soportar. Ulises al pasar frente a la isla de Lemnos mandó echar las anclas y, aprovechando que Filoctetes estaba dormido, dio orden que le desembarcaran y le abandonaran en la isla. Y allí le dejaron solo, junto a la boca de una cueva, con su arco invencible que nunca fallaba el tiro, con algo de ropa y con alimento para algunos días. Ulises, cuando le reprochaban su conducta con Filoctetes, decía:

—Si los dioses no han decretado su muerte, vivirá. Si han decretado que muera, todo sería inútil.

Las naves griegas llegaron a la costa de Troya y allí establecieron un campamento, en la proximidad del mar. Entre el campamento de los griegos y la ciudad de Troya quedaba una gran extensión de praderas verdes, en una inmensa llanura. Cuatro horas se necesitaban para cruzar, desde el campamento griego hasta los muros de Troya, aquella extensión verde que había de convertirse en campo de batalla.

Palamedes era uno de los más inteligentes guerreros griegos y el dotado de mayor elocuencia. Pero Ulises no olvidaba que le hubiese hecho abandonar esposa e hijo, y pensó una estratagema. Escondió en la tienda de Palamedes una bolsa con oro. Y puso una carta, fingidamente de Príamo, entre la ropa de un espía troyano prisionero. En-

contró la carta, como es de suponer, y exhibió después el documento ante la asamblea de príncipes griegos. Mandaron registrar la tienda de Palamedes y allí encontraron el oro escondido. Y Palamedes fue expulsado del campamento troyano. Palamedes sabía que la condena era injusta y no se defendió. No quería acusar a Ulises, de quien tanto dependía la victoria final.

Por su conducta con Palamedes, Ulises se atrajo la cólera de los dioses. Y, víctima de esta cólera, no pudo regresar a su patria hasta veinte años después de empezada la guerra de Troya.

En una de las primeras escaramuzas, los griegos hicieron prisionero a uno de los hijos de Príamo, llamado Polidoro, y aprovecharon la ocasión para hacer nuevas proposiciones a Príamo. Ulises y Diomedes fueron aquella vez los dos embajadores. Un grupo de guerreros griegos les acompañó hasta las puertas de Troya. Llevaban con ellos al prisionero Polidoro.

Los embajadores griegos fueron recibidos por Príamo y le propusieron el canje de Polidoro por Helena. Príamo reunió al consejo troyano y les expuso la proposición. Y el consejo decidió rechazar la oferta. Ulises pidió permiso para dirigirse personalmente al pueblo troyano. Se lo concedieron y en la plaza pública expuso al pueblo el motivo de la embajada y la proposición de los griegos, o sea, el canje de Polidoro por Helena. Y el pueblo, que estaba orgulloso de la posesión de Helena, no accedió.

Príamo ofreció, en vez de Helena, una de sus hijas, Cassandra o Polixena. Y entregar riquezas a Menelao para compensarle. Los embajadores griegos no aceptaron y amenazaron con castigar a Polidoro, si no les devolvían a Helena. Y como los troyanos despreciaran la amenaza, Ulises y Diomedes salieron de la ciudad y allí mismo, frente a los muros de Troya, fue azotado Polidoro. Príamo vio cómo castigaban a su hijo, pero nada pudo hacer para evitarlo. Polidoro era el más joven de los hijos de Príamo y Hécuba.

II. ANTE LAS MURALLAS TROYANAS



I

Después de diez años de lucha

Aquiles tenía una sirvienta llamada Briseida. Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas, sentía predilección por la muchacha por su habilidad y destreza en todos los menesteres del hogar y, aprovechando una ausencia de Aquiles, entró en la tienda donde estaba Briseida, y amparado en su autoridad real ordenó que la joven pasara a su servicio.

Cuando Aquiles se enteró de lo ocurrido no levantó la voz, ni fue a reclamar a su sirvienta a la tienda de Agamenón. Ordenó a sus hombres que subieran a los barcos, y ya lejos de la costa esperó un viento favorable para regresar a Grecia. Y cuando le preguntaban el motivo de su retirada, sin nombrar a Briseida, decía:

—Nunca regresaré para ayudar a Agamenón en su lucha contra los troyanos.

Después de los primeros combates, los griegos llevaban la peor parte y algunos guerreros amenazaban con regresar a su país. Agamenón decidió entonces rogar a Aquiles que acudiera otra vez. Sabía, por la predicción del oráculo, que, sin la ayuda de Aquiles, los griegos no vencerían jamás a los troyanos. Y Ulises se encargó de visitar a Aquiles en su nave e intentar convencerle. Encontró a Aquiles tumbado en el puente. El héroe tocaba la lira y cantaba las hazañas